

El tema de sus ficciones, a pesar de su localización geográfica, tiene caracteres de universalidad. Algunas veces, la frase final que corona el cuento, de acuerdo con clásicas direcciones, no sería necesaria. Por ejemplo, cuando sabemos que el indio Manuel Sicuri ha ido a parar a la cárcel, se nos sitúa en los ámbitos sociales consabidos, se nos recuerda una conclusión antipoética, por demasiado lógica.

¡Juan Bosch, gran valor de las letras americanas!

<https://doi.org/10.29393/At363-364-101MHVM10101>

“EL MUNDO HERIDO”, de *Armando Méndez Carrasco*. Ediciones Cultura. Santiago

He aquí una interesante novela de matización picaresca. Y al decir picaresca, nos referimos a su motivación y desarrollo.

El mundo de los pícaros ha servido de médula entrañable a muchas e interesantes obras. Y ello es así, porque los avatares de quienes han vivido como víctimas de plurales circunstancias adversas tienen la virtud de convertirse en admonición y en social enseñanza.

La obra del escritor Armando Méndez se encuadra muy de cerca en una serie de normas típicas de la novela picaresca. En su desarrollo se sigue la forma autobiográfica, hay fuertes aportes de realismo, quizás la enseñanza moral se desprende, no como un alegato, sino como una lamentación sustentada en razones y en hechos concretos.

El diálogo es vivo, con frecuentes alusiones a un vocabulario de fácil curso en la gente del hampa. De ahí su gracia, su valor que bien podría decirse documental.

El autor nos presenta a un niño de condición humilde. Su familia le ofrece la dura realidad de un vivir ingrato. El ambiente callejero va moldeando su mentalidad, que lucha entre la dureza hogareña y los anhelos de una deseada y pretendida ternura.

Este juego de planos, esta disparidad de situaciones espirituales centradas en un alma infantil, le ha permitido al autor escribir unos

capítulos iniciales en donde el tema va siguiendo una línea ondulatoria de indudable interés. Y de esta forma, aunque la novela tiene un ritmo progresivo, se observa el constante deseo de evocar las iniciales circunstancias que van dando un signo definitivo al vivir desvivido del personaje central.

Las muchas y diversas escenas realistas se animan con los elementos más sencillos. Para su valoración y realce no se da la nota de una insistencia que convertiría la crudeza en procacidad. Con frecuencia, la fuga lírica establece un oportuno contraste.

La novela no termina, deja a su personaje en el ámbito de sus correrías, tal vez con el deseo de rasgar nuevos horizontes, pero llevando en su espíritu la tremenda angustia de un mundo herido: "Dejé conducirme por la gentuza ávida de emociones ajenas y con paso torpe le pedí a Dios que no me abandonase para seguir luchando. Después desde un promontorio del viejo Camino de las Zorras, saludé por última vez el griterío porteño y encaminé mis dolientes pies hacia la capital de Chile, pensando en el cerro del Litre, hermano de la Cruz, de la Merced y del mundo herido".

La obra está dedicada a Valparaíso, tierra de sueños y de miseras.

Ahora bien, este *Mundo herido* se proyecta más allá de las callejas y cerros de la ciudad marítima, porque los problemas que sirven de inspiración novelesca tienen una vigencia mucho más amplia. Pueden darse en los más insospechados lugares. Y siempre como símbolo, como exponente de un desengranaje social.

La evocación de los años que ya fueron, la huella que el tiempo fué dejando en los hombres, adquiere, como tema literario, una jerarquía.

En nuestros días se observa como una dilección por los motivos que han inspirado esta obra de Méndez Carrasco. Tal vez, una de sus razones estriba en la constante difusión de las obras de Kafka, en el conocimiento de algunos terribles alegatos kafkianos, tan llenos de admoniciones y perfiles psicológicos.

Interesa citar, por ejemplo, el titulado "Carta a mi padre", trabajo en donde se expone, en forma literaria, la teoría de la introspección.

Kafka escribe a su padre una carta acusadora. Con argumentos sólidos, le culpa de ciertos complejos que atenazaron su vida. Muchas de sus limitaciones fueron incubadas en los días dolorosos de una infancia poco feliz. La extensa epístola trazada por el autor del "Castillo", nos recuerda un hecho frecuente, complejo, voluntariamente esfumado de nuestras habituales preocupaciones.

Los hontanares de la vida se ciegan en momentos inesperados, casi siempre durante los primeros escarceos voluntarios, allá en los desvanes de la infancia, en las etapas iniciales de la adolescencia.

Sobre esta aportación indiscutible de la psicología se ha cimentado la novela *El Mundo herido*. Sus primeras palabras, así lo indican: "Recuerdo que ciertos hechos anticiparon en mí el nacimiento de una vida obscura y a la vez deslumbrante".

Más adelante, el autor agrega: "Me dirigía a la calle, y buscaba la amistad de los niños más pobres, porque sólo a ellos admiraba. Mi vagabundaje al Vergel era un gran desahogo. Algo de ese fértil lugar me hacía olvidar la ciudad y la tristeza del hambre. La quebrada olía a boldo, a retamo, a pajaritos y a campanillas. Al atardecer volvía sudoroso y el animal bramaba en el estómago. Ahora mi madre me recibía efusiva y hasta depositaba un beso en mi enterrada frente. Era un beso sin arte, suelto, fingido".

Novela escrita con donaire, usa y abusa de un estilo directo. Como era lógico, muchas de sus expresiones necesitaban de una explicación, de una versión al lenguaje corriente y urbano. Esta dificultad queda salvada con un vocabulario que se inserta al final del libro.

He aquí una novela esencialmente de raigambre picaresca, con sus niños desvalidos, con una serie de golfillos y de cortesanas.

Su valoración debe hacerse al socaire de un anhelo compensatorio, de la ineludible obligación que tiene la sociedad de vigilar la vida infantil, los primeros escarceos vitales de la adolescencia.

En la novelística chilena, *El Mundo herido* supone una interesante aportación, al margen de los costumbrismos regionales, posible de ser cultivada en profundidad y en extensión.—*Vicente Mengod.*

“VIAJES”, de *Pablo Neruda*

Leer al poeta del *Canto General* es incorporarse a una prosa estricta y a la vez dinamizada por la tersura, a una convergencia expresiva donde cada piedra oculta su luz. Para salir al encuentro del hallazgo, basta dejarse llevar por la euforia del verbo, sentir proyectada dentro del ánimo esa emoción contenida inherente a la prosa de los mejores poetas. El lector evoca la verdad revelada por más de algún crítico sagaz de que la poesía no pasa de ser la asociación sorpresiva de palabras, a fin de otorgar al hombre un mundo nuevo, con los mellados y opacos vocablos cotidianos. Pero en la obra escrita en los días que corren por Pablo Neruda, hay todavía otra tendencia. No es el esteta que se deja envolver por los sones de su propia eufonía, hasta adquirir esa borrachera verbal vecina del “furor poeticus”, no es el sibarita capaz de trabarse en lucha porfiada por un matiz estilístico. El oficio literario de Neruda, sostenido en un lapso superior a los treinta años y defendido de corrupciones diplomáticas y administrativas, está presente en estas líneas actuales; mas tras él hay otra actitud, el respaldo de una inamovible dialéctica. Así como detrás del Dante estaba el tomismo —prodigiosa fuga de la inteligencia del hombre hacia los senderos inasibles probatorios de la existencia de Dios— bajo la escritura de Neruda, está el marxismo. Un marxismo inflexible, tal vez más cerrado que el planteamiento dinámico de esta filosofía que pretende, como toda filosofía, darle al hombre la representación de su universo y la clave de sus problemas económicos y sociales. Para Neruda, el marxismo es un cauce amplio que habrá de conducir al hombre hacia su propia racionalización, a una vida más libre de pesados prejuicios en la cual cese toda actitud